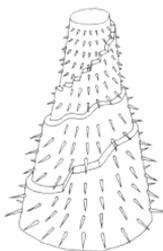


**DEL DEBER DE
LA DESOBEDIENCIA CIVIL**

Henry David Thoreau

PRÓLOGO
Henry Miller



Ensayos para pensar

Títulos publicados:

Peter Singer, La solución de la pobreza en el mundo.

John Hospers, El arte y la moral.

Bertrand Russell, El valor de la filosofía.

Victoria Camps y Salvador Giner, Una vida de calidad.

Ludwig Wittgenstein, Conferencia sobre ética.

Giovanni Pico Della Mirandola, Discurso sobre la dignidad del hombre.

Frankfurt Harry G., Sobre la verdad.

Dennet Daniel, Moralidad y Religión.

Ilustraciones: José Antonio Suárez Londoño

Información técnica

Diagramación: Mery Murillo Álvarez

Revisión de textos: José Raúl Jaramillo Restrepo

La impresión fue dirigida por Carlos Villa Ángel

Formato: 12 x 21 cm.

Número de páginas: 48.

Todográficas Ltda. Tel. 412 86 01.

Impreso en Medellín, Colombia.

Printed in Colombia. Noviembre de 2008.

En su composición se utilizó tipo Minion de 12 puntos.

Se usó papel Propalmate de 90 gramos y cartulina de 200 gramos.

Las versiones del ensayo de Thoreau, así como el prólogo de Henry Miller, fueron publicadas originalmente en español por Editorial Cábala, de Argentina, en 1980.

Editorial π .

Editor: Álvaro Lobo.

Comentarios a: alvarolu@editorialpi.com.

Ensayos para pensar es una publicación sin fines lucrativos.

Ninguno de los ejemplares será puesto a la venta.

Página web: www.editorialpi.com

PRÓLOGO¹

HENRY MILLER

Tan sólo hay cinco o seis hombres, en la historia de América, que para mí tienen un significado. Uno de ellos es Thoreau. Pienso en él como en un verdadero representante de América, un carácter que, por desgracia, hemos dejado de forjar. De ninguna manera es un demócrata, tal como hoy lo entendemos. Es lo que Lawrence llamaría “un aristócrata del espíritu”, o sea lo más raro de encontrar sobre la faz de la tierra: un individuo. Está más cerca de un anarquista que de un demócrata, un socialista o un comunista. De todos modos, no le interesaba la política; era un tipo de persona que, de haber proliferado, hubiera provocado la inexistencia de los gobiernos. Esta es, a mi parecer, la mejor clase de hombre que una comunidad puede producir. Y es por eso que siento hacia Thoreau un respeto y una admiración desmesurados.

El secreto de su influencia, todavía latente, es muy simple. Él fue hombre en cuerpo y alma, con un pensamiento y una conducta de perfecto acuerdo. Asumió la responsabilidad de sus acciones y de sus afirmaciones. La palabra compromiso no existía en su vocabulario. América, a pesar de todos sus privilegios, apenas ha producido un puñado de hombres de este calibre.

¹ Este texto fue escrito en 1946 como prólogo a “Life without Principle”, tres ensayos de Henry David Thoreau impresos a mano por James Laud Delkin.

La razón es obvia: los hombres como Thoreau nunca estuvieron de acuerdo con el sistema de su tiempo. Ellos simbolizan la América lejos de haber nacido hoy, como no había nacido en 1776 o inclusive antes. Ellos escogieron el camino arduo, no el fácil. Creyeron ante todo y sobre todo en sí mismos, no se preocuparon de lo que podían pensar de ellos sus vecinos, y no titubearon en desafiar al gobierno cuando estaba en juego la justicia. No hubo inclinación en sus concesiones: se le podía adular o seducir, jamás intimidar.

El ensayo que recoge este volumen fue, en su origen, discurso. La noción misma de “desobediencia civil” es hoy en día impensable. (Menos quizás en India, donde en su campaña de resistencia pasiva Gandhi usaba este discurso como texto.) En nuestro país un hombre que se atreviera a imitar la conducta de Thoreau, con referencia a cualquier problema crucial de nuestro tiempo, sería, sin duda, condenado a cadena perpetua. Es más: nadie movería un dedo para defenderlo, como en su día Thoreau defendió el nombre y la reputación de John Brown². Como siempre ocurre con las afirmaciones francas y originales, este ensayo se ha convertido en clásico. Y esto significa que, a pesar de tener la potencia de forjar un carácter, ya no influye en los hombres que gobiernan nuestro destino. Se recomienda su lectura a los estudiantes, como fuente perpetua para el pensador y el rebelde, pero para gran parte de los lectores ya no tiene importancia, no con-

² John Brown (1800-1859), fue un famoso abolicionista estadounidense, cuyos esfuerzos por acabar con la esclavitud incrementaron la tensión entre el Norte y el Sur durante el periodo previo a la Guerra Civil estadounidense

tiene un mensaje. La imagen de Thoreau ha sido fijada para el público por educadores y “hombres de gusto”: es la imagen del eremita, del excéntrico, de la broma de la naturaleza. En fin, se ha conservado la caricatura, como acostumbra a pasar con nuestros hombres eminentes. A mi parecer, lo más importante de Thoreau es que haya aparecido en una época en la cual, por decirlo de algún modo, teníamos que escoger el camino que nosotros, el pueblo norteamericano, al fin hemos tomado. Como Emerson y Whitman, él indicó el justo camino, el camino arduo, como ya he dicho. Como pueblo, nosotros hicimos una elección diferente. Y ahora estamos recogiendo los frutos de nuestra elección. Thoreau, Whitman, Emerson, estos hombres han sido, hoy en día, reivindicados. En la oscuridad de los hechos cotidianos, sus nombres se elevan altos como faros. Pagamos un bravo tributo verbal a su memoria, pero seguimos ignorando su sabiduría. Nos hemos convertido en víctimas del tiempo, miramos el pasado con aflicción y queja. Es demasiado tarde para cambiar, pensamos. Pues no. Como individuos, como hombres, nunca es demasiado tarde para cambiar. Y es esto exactamente lo que estos obstinados precursores afirmaron toda su vida.

Con la creación de la bomba atómica, todo el mundo comprende, de pronto, que el hombre tiene delante de sí un dilema de una gravedad inconmensurable. En un ensayo titulado “Vida sin principio”, Thoreau anticipó esta posibilidad que atemorizó al mundo, cuando se tuvo noticia de la bomba atómica. “Por consiguiente”, dice Thoreau, “si donde explotara nuestro planeta, no hubiese ninguna persona involucrada en la explosión... Yo no iría hasta la esquina a ver cómo explota el mundo”.

Estoy seguro de que Thoreau no habría fallado a su palabra, si inesperadamente hubiese explotado por iniciativa propia. Pero también estoy seguro de que si se hubiera conocido la bomba atómica, hubiera dicho algo memorable sobre su uso. Y lo habría dicho como desafío a la opinión pública. Ni siquiera se hubiera alegrado al saber que la fábrica de la bomba estaba en manos de los justos. Seguro que preguntaría: “¿Quién es tan justo como para usar con fines destructivos un instrumento tan diabólico?”. Ya no tendría más fe en la sabiduría y en la santidad del actual gobierno de los Estados Unidos, que la que tuviera en el gobierno de los días de la esclavitud. Él murió, no lo olvidemos, en plena guerra civil, cuando el problema que se hubiese debido resolver, rápidamente gracias a la conciencia de todo buen ciudadano, se estaba resolviendo con sangre. No, Thoreau habría sido el primero en decir que ningún gobierno terrestre es suficientemente bueno y sabio como para recibir, sea para bien o para mal, un poder similar. Habría pronosticado que nosotros usaríamos esta nueva fuerza de la misma manera que hemos usado otras fuerzas naturales, que la paz y la seguridad del mundo no están en las intenciones, sino en el corazón de los hombres, en el alma de los hombres. Toda su vida testimonia un hecho obvio continuamente ignorado por los hombres: que para sustentar la vida necesitamos primero el menos que el más, que para proteger la vida necesitamos coraje e integridad, no armas ni coaliciones. Todo lo que él dijo e hizo está muy lejano del hombre de hoy. Ya dije que su influencia es todavía viva y activa. Es cierto, pero sólo porque la verdad y la sabiduría son inalterables y tienen que prevalecer. Consciente o inconscien-

temente, estamos haciendo exactamente lo opuesto de todo lo que él sostenía. Así y todo no somos felices, ni de ninguna manera tenemos la seguridad de estar en lo justo. Sino que estamos más trastornados, más desesperados que nunca en el curso de nuestra breve historia. Y esto es sumamente extraño y fastidioso pues hoy en día todos nos reconocen como la nación más potente, más rica y más segura del mundo. Estamos en el cenit, ¿pero poseemos la visión necesaria como para tener este observatorio? Tenemos la vaga sospecha de que nos han cargado con una responsabilidad demasiado pesada para nosotros. Sabemos que no somos superiores, en ningún sentido real, a otros pueblos de la tierra. Sólo ahora nos damos cuenta de estar moralmente mucho más atrasados, si así puede decirse, que nosotros mismos. Algunos imaginan beatíficamente que la amenaza de extinción —el suicidio cósmico— nos despertará del letargo. Me temo que sueños así están destinados a desintegrarse, aun más que el mismo átomo. No se alcanzan grandes metas a través del miedo a la extinción. Los hechos que mueven al mundo, sustentan y dan la vida, tienen una motivación muy diferente.

El problema de la potencia, obsesivo para los americanos, está hoy en su punto crucial. En cambio de trabajar por la paz, tendríamos que empujar a los hombres a relajarse, a dejar de trabajar; a tomárselo con calma, a soñar y a ociar, a perder el tiempo. Retiraos en los bosques, si encontráis uno. Pensad en vuestros pensamientos durante un tiempo. Haced un examen de conciencia, pero sólo después de haber gozado plenamente. ¿Qué puede valer vuestra fatiga, al fin y al cabo, si mañana junto a vuestros seres queridos

podéis ser reducidos a migas por algún loco exaltado? ¿Creéis que nos podemos fiar más del gobierno que de los individuos que lo componen? ¿Quiénes son estos individuos a los cuales se les confía el destino de todo el planeta? ¿Creéis plenamente en cada uno de ellos?

¿Qué haríais si tuviérais el control de esta potencia inaudita? ¿La usaríais en beneficio de toda la humanidad, o tan sólo de vuestro pueblo, de vuestro grupo de elegidos? ¿Pensáis que los hombres pueden guardar para sí mismos un secreto tan grave? ¿Creéis que se debe guardar secreto?

He aquí las preguntas que, me parece, nos haría a bocajarro un Thoreau. Son preguntas que, si se tiene una pizca de sentido común, se contestan solas. Pero parece que los gobiernos no poseen esta pizca de sentido común. Y no se fían de quienes la poseen.

Este gobierno americano ¿qué es sino una tradición, aunque reciente, que trata de transmitirse inalterada a la posteridad, pese a ir perdiendo a cada instante retazos de su decencia? Carece de la vitalidad y la fuerza de un solo hombre vivo, pues este puede doblegarlo a voluntad. Es como una especie de arma de madera para el pueblo mismo; y si alguna vez la usaren verdaderamente como real unos contra otros, de seguro que se les desharía en astillas. Sin embargo, no por ello deja de serles necesario; pues los individuos han de tener alguna complicada maquinaria que otra y oír su estrépito para satisfacer su idea del gobernar. Así los gobiernos prueban cuán eficazmente los hombres se dejan imponer una autoridad, aun imponiéndosela a sí mismos para su propia ventaja. Excelente, convengamos; pero este Gobierno jamás patrocinó empresa alguna, más que con la premura con que se apartó de su camino. No

guarda libre al país. No puebla las regiones del Oeste. No educa. Es el carácter inherente a todo el pueblo americano el que da razón de los logros; y éstos habrían sido más numerosos si en ocasiones el Gobierno no hubiera obstaculizado su curso.

Así hablaba Thoreau hace cien años. Hablaría de un modo todavía menos halagador si aún viviera. En estos últimos cien años el estado se ha convertido en una especie de Frankenstein. Nunca, como hoy, nos hizo menos falta de estado, así como nunca nos ha tiranizado tanto. En todas partes el ciudadano ordinario tiene un código moral muy superior al del gobierno al que debe fidelidad. La falsa idea de que el estado existe para protegernos se ha desintegrado mil veces. Sin embargo, mientras el hombre carezca de seguridad y confianza en sí mismo, el estado prosperará; él puede existir gracias al miedo y a la incertidumbre de cada uno de sus miembros.

Viviendo su vida de un modo “excéntrico” Thoreau demostró la futilidad y el absurdo de la vida de las (llamadas) masas. Fue una vida profunda y rica, que le dio todas las satisfacciones. “Las ocasiones de vivir”, afirmaba, “disminuyen en la medida en que crecen los llamados medios”. Era feliz con el contacto de la naturaleza a la cual pertenece el hombre. Comulgaba con el pájaro, con la bestia, con la planta y con la flor, con la estrella y con la corriente. No era un ser asocial, todo lo contrario. Tenía amigos tanto entre las mujeres como entre los hombres. No hay americano que haya escrito sobre la amistad con una elocuencia mayor a la suya. Su vida parece angosta pero fue mil veces más ancha y profunda que la vida del ciudadano americano medio de hoy. No se perdió nada evitando mez-

clarse entre la muchedumbre, devorar los periódicos, consumir radio y cinematógrafo, tener el automóvil, el frigorífico, el aspirador. No sólo no se perdió nada por la falta de estas cosas, sino que, encima, se enriqueció mucho más que lo pueda hacer el hombre moderno, atolondrado por estos dudosos lujos y comodidades. Thoreau vivió, mientras nosotros se puede decir que sólo existimos. Por la potencia y la profundidad de su pensamiento no sólo mantiene una validez por comparación a nuestros contemporáneos, sino que, a menudo, les supera. En lo que a coraje y virtud se refiere, no se puede comparar a ninguno de los espíritus hoy dominantes. Como escritor, está entre los tres o cuatro de los cuales podemos sentirnos orgullosos. Visto desde la cumbre de nuestra decadencia, casi nos parece un antiguo romano. La palabra virtud recobra su significado cuando se liga a su nombre.

Son los jóvenes de América los que pueden sacar provecho de su doméstica sabiduría, y más aún de su ejemplo. Debemos asegurar a los jóvenes, que todo lo posible entonces es posible hoy. América es todavía un país muy despoblado, una tierra con abundantes bosques, ríos, lagos, desiertos, montañas, praderas, donde un hombre de buena voluntad con un mínimo de fatiga y confianza en sus fuerzas, puede gozar de una vida profunda, tranquila, rica, siempre que siga su camino. No es necesario pensar, no hace falta llevar una vida bondadosa, sino crearse una vida bondadosa. Los hombres sabios vuelven siempre a la tierra; nos basta con pensar en los grandes hombres de la India, China y Francia, en sus poetas, en sus sabios, en sus artistas, para comprender cuán profunda es esta necesidad en el ser humano. Pienso, naturalmente, en los

individuos creativos, pues los demás gravitarán en su propio nivel, sin imaginación, sin sospechar siquiera que la vida promete algo mejor. Pienso en los poetas americanos todavía capullos en flor, en los sabios y artistas del mañana, porque se me aparecen del todo indefensos frente al mundo americano contemporáneo. Todos los que se preguntan, ingenuamente, cómo vivirán sin venderse a ningún dueño; más aún, se preguntan, una vez hecho esto, cómo encontrar el tiempo para llevar a cabo sus vocaciones. Ya no piensan en ir a cualquier desierto o lugar salvaje, en ganarse la vida cultivando la tierra o trabajando a salto de mata, en vivir con lo mínimo indispensable. Se quedan en las ciudades, en las metrópolis, revoloteando de una casa a la otra, inquietos, miserables, frustrados, buscando en vano el encontrar una salida. Deberíamos decirles enseguida que la sociedad, tal como está constituida, no presenta salidas, que la solución está en sus manos y usándolas podrán obtenerla. Tenemos que abrirnos camino con el hacha. La verdadera jungla no está fuera, quién sabe dónde, sino en la ciudad, en la metrópolis, en aquella compleja telaraña en que hemos transformado la vida, y que sólo sirve para limitar, estorbar o inhibir a los espíritus libres. Basta que un hombre crea en sí mismo y encontrará el camino de la existencia, a pesar de las barreras y de las tradiciones que lo aprisionan. La América de los tiempos de Thoreau era tan despreciadora y hostil hacia su experimento vital, como lo somos nosotros a cualquiera que pretenda volverlo a intentar. Debido al subdesarrollo de nuestro país en aquellos tiempos, los hombres se sintieron atraídos por todas las regiones, por todos los senderos de la vida, hacia el oro de California. Tho-

reau se quedó en casa a cultivar su mina. Le bastaban pocas millas para encontrarse en el corazón profundo de la naturaleza. Para gran parte de nosotros, no importa dónde vivamos, en este inmenso país todavía es posible recorrer pocas millas y encontrarnos con la naturaleza. Yo, que he recorrido a lo largo y a lo ancho esta tierra, he sacado esta impresión: América es un país vacío. Claro está, casi todo este espacio vacío pertenece a alguien: bancos, ferrocarriles, compañías de seguros, etcétera. Es casi imposible salir del camino trazado sin invadir una propiedad privada. Pero este absurdo acabaría si la gente comenzara a levantarse sobre las patas traseras y desertara de la ciudad y la metrópolis. John Brown y un reducido grupo de hombres derrotaron virtualmente a toda la población de América. Los abolicionistas liberaron a los esclavos, no las armadas de Grant y Sherman, no Lincoln. Una condición ideal de vida no existe, jamás, en ningún lugar. Todo es difícil y se vuelve más difícil, incluso cuando decidimos vivir a nuestro aire. Vivir nuestra propia vida sigue siendo el mejor modo de vivir, siempre lo ha sido, y siempre lo será. La trampa, el mayor desengaño está en renunciar a vivir a nuestro aire hasta el día que se cree una forma ideal de gobierno que nos permita llevar una vida mejor. Llevad una vida ejemplar, enseguida, en cada instante, al máximo de vuestras capacidades, e indirectamente, inconscientemente, lograréis la forma de gobierno más cercana a lo ideal.

Ya que Thoreau insistió tanto sobre la conciencia y la resistencia activa, podríamos pensar que su vida fue vacía y triste. No olvidemos que era un hombre que evitaba el trabajo lo más posible, sabía dedicar

su tiempo al ocio. Moralista severo, no tenía nada en común con el moralista profesional. Era demasiado religioso para tener algo que ver con la Iglesia y demasiado hombre de acción para tomar parte activa en la política. Era de una riqueza espiritual tan grande que no pensó en amontonar bienes, tan valiente, tan seguro de sí mismo, que no se preocupó de la seguridad de la protección. Abriendo los ojos descubrió que la vida proporciona todo lo necesario para la paz y la felicidad del hombre; solamente hace falta usar lo que tenemos al alcance de la mano. “La vida es generosa”, parece repetir a cada momento. “¡Tranquilos! La vida está alrededor, no allá, no en la cima de la montaña”.

Encontró Walden. Pero Walden está en cada lugar donde hay un hombre. Walden se ha convertido en un símbolo. Debería convertirse en una realidad. También Thoreau se ha convertido en un símbolo. Pero sólo fue un hombre, no lo olvidemos. Transformándolo en un símbolo, construyéndole monumento, destruimos la finalidad de su vida. Sólo viviendo a tope, lograremos honrar su memoria. No intentemos imitarlo, superémoslo. Cada uno de nosotros debe llevar una vida completamente diferente. No debemos intentar ser como Thoreau, ni como Jesucristo, sino lo que en verdad somos en nuestra sociedad. Este es el mensaje de todo gran individuo, este es el significado intrínseco de ser individuo. Ser algo menos significa acercarse a nada.

DEL DEBER DE LA DESOBEDIENCIA CIVIL

HENRY DAVID THOREAU

De todo corazón acepto el lema de que “el mejor gobierno es el que gobierna lo menos posible”, y me gustaría ver que esto se lograra pronto y sistemáticamente. En la práctica significa esto, en lo que también estoy de acuerdo: “El mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto”; y cuando los hombres estén preparados para él, ese y no otro será el que se darán. El Gobierno es, a lo más, una conveniencia; aunque la mayoría de ellos suelen ser inútiles, y alguna vez, todos sin excepción, inconvenientes. Las objeciones puestas al hecho de contar con un ejército regular, que son muchas y de peso, y merecen prevalecer, pueden ser referidas en última instancia a la presencia de un Gobierno igual de establecido. El ejército regular no es sino el brazo armado del Gobierno permanente. Este, a su vez, aunque no representa sino el modo elegido por el pueblo de ejecutar su voluntad, es igualmente susceptible de abuso y perversión antes de que aquél pueda siquiera actuar por su mediación. Recuerden la guerra declarada contra México³, pues en los co-

³ Breve guerra entre Estados Unidos y Méjico (1846-1848), que concluyó con el tratado de Guadalupe, por el cual Méjico reconocía la anexión de Texas por parte de los Estados Unidos y le cedía, a cambio de diez millones de dólares, Nuevo Méjico y California.

mienzos del conflicto el pueblo no hubiese aprobado la agresión.

Este gobierno americano ¿qué es sino una tradición, aunque reciente, que trata de transmitirse inalterada a la posteridad, pese a ir perdiendo a cada instante retazos de su decencia? Carece de la vitalidad y la fuerza de un solo hombre vivo, pues éste puede doblegarlo a voluntad.

Es como una especie de arma de madera para el pueblo mismo; y si alguna vez la usaren verdaderamente como real unos contra otros, de seguro que se les desharía en astillas. Sin embargo, no por ello deja de serles necesario, pues los individuos han de tener alguna complicada maquinaria que oír su estrépito para satisfacer su idea del gobernar. Así los gobiernos prueban cuán eficazmente los hombres se dejan imponer una autoridad, aun imponiéndosela a sí mismos para su propia ventaja. Excelente, conven-gamos; pero este Gobierno jamás patrocinó empresa alguna, más que con la premura con que se apartó de su camino. No guarda libre al país. No puebla las regiones del Oeste. No educa. Es el carácter inherente a todo el pueblo americano el que da razón de los logros; y éstos habrían sido más numerosos si en ocasiones el Gobierno no hubiera obstaculizado su curso. Y es que el gobierno es una conveniencia con cuyo concurso los hombres respetarían gustosamente su respectiva independencia; y lo dicho, tanto más conveniente cuanto menos interfiera en la vida del pueblo. Si el comercio y las industrias no tuvieran la elasticidad del caucho, no alcanzarían jamás a saltar por encima de los obstáculos que los legisladores les están poniendo de continuo por delante, y si hubiésemos de juzgar

a esos políticos nada más que por las consecuencias de sus actos, sin dar crédito alguno a sus intenciones, merecerían que se les condenara y se castigara junto con aquellos malintencionados que ponen tropiezos en la vía férrea.

Para hablar como simple ciudadano y no como esos que niegan todo gobierno, no pediré que se anule en seguida toda forma de gobierno, sino que se nos dé *en seguida* un gobierno mejor. Que cada hombre haga saber qué clase de Gobierno gozaría de su respeto, y ése será el primer paso para conseguirlo.

Después de todo, la razón práctica de por qué, cuando el poder se encuentra en manos del pueblo, se permite que gobierne una mayoría y que continúe haciéndolo así durante un largo período de tiempo, no responde al hecho de que sean más susceptibles de verse en posesión de la verdad ni al de que tal se antoje como más propio a la minoría, sino a que son físicamente los más fuertes. Pero un gobierno tal, que la mayoría juzgue en todos los casos, no puede basarse en la justicia, incluso tal como la entienden los hombres. ¿No podrá haber un gobierno en que no sea la mayoría la que decida entre lo justo y lo injusto, sino la conciencia? ¿Donde la mayoría falle sólo aquellas cuestiones a las que es aplicable un criterio utilitario? ¿Debe rendir el ciudadano su conciencia, siquiera por un momento, o en el grado más mínimo, al legislador? ¿Por qué posee, pues, cada hombre una conciencia? Estimo que debiéramos ser hombres primero y súbditos luego. No es deseable cultivar por la ley un respeto igual al que se acuerda a lo justo. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en todo momento lo que considero justo. Se dice con verdad que

una sociedad mercantil no tiene conciencia; pero una sociedad de hombres concienzudos es una sociedad *con* una conciencia. La ley jamás hizo a los hombres un ápice más justos; y, en razón de su respeto por ellos, incluso los mejor dispuestos se convierten a diario en agentes de la injusticia. Resultado común y natural de un respeto indebido por la ley es que uno pueda ver, por ejemplo, una columna militar: coronel, capitán, cabo, soldados rasos, artificieros, etc., marchando en admirable orden colina arriba, colina abajo y valle en dirección al frente. ¡En contra de su voluntad! ¡Sí! Contra su sentido común y su conciencia, lo que hace del marchar tarea ardua, en verdad, y causa de sobresalto cardíaco. A ninguno de ellos cabe la menor duda de que el asunto que les ocupa es ciertamente condenable; su inclinación auténtica se orienta hacia el hacer pacífico. Y bien: ¿Cómo los describiríamos? ¿Son acaso personas? ¿Pequeños objetos, parapetos, pertrechos movibles a voluntad, al servicio de alguien sin escrúpulos que detenta el poder? Visitad un establecimiento naval y contemplad al marino, es decir, a lo que puede hacer de un hombre el gobierno americano o alguien provisto de malas artes ... una simple sombra, un vestigio de humanidad, un ser vivo y de pie, pero enterrado ya, podría decirse, bajo salvas y demás ceremonias.

La gran masa de los hombres sirve al Estado, no como hombres primordialmente sino como máquinas; con su cuerpo. Son ejército permanente y milicia establecida, carceleros y guardias. En la mayoría de casos no existe ejercicio alguno libre, sea del propio juicio o del sentido moral, sino relegamiento al nivel del leño, de la tierra o de las piedras; y quizás es posible

que se pudiesen construir soldados de palo que sirvieran tan a propósito como los otros. Tales criaturas no merecen más respeto que un fante o que basura. Su valor raya con el de los caballos y los perros. Sin embargo, incluso se les reputa buenos ciudadanos. Otros, como es el caso de la mayoría de legisladores, políticos, juristas, clérigos y funcionarios, ven al Estado principalmente con la cabeza; y como quiera que raramente establecen distinciones morales, son tan susceptibles de servir al mal, sin *intención*, como a Dios. Unos pocos, muy pocos, héroes, mártires, reformadores —que no reformistas—, y *hombres* sirven al Estado también con su conciencia, y así, se le resisten las más de las veces; y éste los trata como enemigos. El hombre prudente sólo se revelará útil y no se avendrá a ser “barro” ni a “obturar un agujero para detener al viento”, sino que, por lo menos, dejará esa tarea a su polvo.

Quien se da enteramente al prójimo es considerado por éste, inútil y egoísta; el que se da en parte sólo, es considerado bienhechor y filántropo.

¿Cómo le cuadra al hombre comportarse para con su Gobierno americano hoy? Respondo que no puede asociarse con él sin desacreditarse. Me es imposible reconocer como gobierno, siquiera un instante, a esa organización política que lo es también del *esclavo*.

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el privilegio de rehusar adhesión al gobierno y de resistírsele cuando su tiranía o su incapacidad son visibles e intolerables. Pero casi todo el mundo dice que no es éste el caso actual, aunque opinan que sí lo fue cuando la Revolución del 75⁴. Si

⁴ La Revolución norteamericana

alguien viniera a decirme que el gobierno colonial era malo porque gravaba ciertas mercaderías extranjeras que llegaban a nuestros puertos, es probable que no me hiciese ninguna impresión, puesto que puedo vivir perfectamente sin ellas.⁵ Todas las máquinas tienen sus puntos de fricción y posiblemente eso produzca ciertos beneficios que compensen por sus males. Pero cuando la fricción se convierte en sistema y la opresión y el despojo están reglamentados, entonces yo declaro que ha llegado el tiempo de descartar la máquina. En otras palabras, cuando la sexta parte de la población de un país que se ha arrogado el título de país de la libertad la componen los esclavos, y toda una nación es injustamente arrollada y conquistada por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, creo que no es demasiado temprano para que los hombres honrados se rebelen y hagan la revolución. Y lo que hace este deber tanto más urgente es el hecho de que el país así arrollado no es el nuestro, y sí lo es, en cambio, el ejército invasor.

En su “Deber de someterse al gobierno civil”, Paley, autoridad común con tantos otros sobre cuestiones morales, reduce toda obligación civil al grado de conveniencia; y viene a decir, que “en tanto el interés de la sociedad, toda lo requiera, es decir, mientras el Gobierno establecido no pueda ser rechazado o cambiado sin inconveniencia pública, es la voluntad de Dios que aquél sea obedecido, y nada más”... Con la admisión de este principio, la justicia de cada caso particular de resistencia se reduce a un cómputo de

5 El hecho precursor de la Revolución norteamericana fue el levantamiento contra los monopolizadores británicos del té.

la cantidad de peligro y trastorno, de un lado, y de la probabilidad y coste de remediarlo, del otro. Al respecto, añado que cada hombre juzgue por sí mismo. Parece, no obstante, que Paley jamás ha considerado aquellos casos en que no rige la regla de lo utilitario, aquellos en los que un pueblo, al igual que el individuo, debe hacer justicia a cualquier precio. Si yo le he arrebatado injustamente el leño salvador a un hombre que se ahoga, debo devolvérselo aunque perezca yo. Según Paley, tal sería inconveniente. Pero el que salvaría su vida, en tal caso, debe perderla. Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de hacer la guerra a Méjico, aunque le cueste la existencia como pueblo.

En la práctica, las naciones convienen con Paley. Pero ¿cree alguien que Massachusetts hace exactamente lo que es justo en la crisis actual?

Hablando en plata, los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, más interesados en comercio y agricultura que en humanidad, y nada dispuestos a hacer justicia al esclavo y a México, cueste lo que cueste. No lucho con enemigos remotos sino con los que, cerca de casa, cooperan con los lejanos y proclaman precisamente las ideas de éstos, que, sin el concurso de aquellos, serían inocuas. Solemos decir que la masa de los hombres carece de preparación, pero la mejoría es lenta porque los pocos no están materialmente mejor que los muchos. No es tan importante que muchos sean igual de buenos que tú como el que exista alguna medida de bondad absoluta en algún lugar; pues esto haría fermentar toda la masa. Son miles los que por opinión se oponen a la esclavitud y a la guerra y que, sin embargo, no hacen

nada para ponerle fin; que, estimándose hijos de Washington y de Franklin, siguen sentados con sus manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, por lo que no hacen nada; quienes posponen incluso la cuestión de la libertad a la del libre comercio, y que tranquilamente se informan de los precios actuales del mercado junto con las últimas noticias de México, después de comer, y hasta que puede que terminen por dormirse en el empeño. ¿Qué precio alcanza hoy un hombre honesto y patriota? Dudan, vacilan, se lamentan y, en ocasiones, piden; pero no hacen nada seriamente y de efecto. Esperarán, con la mejor disposición, a que sean otros quienes remedien la maldad para que ellos no tengan que seguir lamentándose de su existencia. A lo más darán su voto con descuido y una salutación de adiós al justo, cuando éste pase por su lado. Hay novecientos noventainueve paladines de la virtud por cada hombre virtuoso; pero es mucho más fácil tratar con el poseedor real de algo que con su guardián temporal.

Todo sistema electoral es una especie de juego de azar, semejante al ajedrez o la brisca, con su ligera tara moral por aquello de oscilar entre el bien y el mal, con sus derivaciones éticas, pues naturalmente corre dinero en las apuestas. No se apuesta sobre el carácter de los votantes. Yo deposito mi voto, quizá, por lo que estimo correcto; pero no me siento vitalmente interesado en que prevalezca. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación, por tanto, jamás pasa del grado de lo conveniente. Incluso votar por lo justo es no hacer nada por ello. Apenas significa otra cosa que exponer débilmente a los hombres el deseo de que fuera así. El hombre prudente no dejará lo jus-

to a merced del azar ni deseará que prevalezca gracias al poder de la mayoría. Poca es la virtud que encierra la masa. Cuando la mayoría vote, por fin, por la abolición de la esclavitud será porque es indiferente a ella o porque queda ya muy poca que abolir mediante su voto. Serán ellos, entonces, los únicos esclavos. Sólo el voto de aquel que afirma con él su propia libertad puede acelerar la abolición de la esclavitud. Me llega la noticia de una convención que ha de celebrarse en Baltimore o en cualquier otro sitio para proceder a la selección de un candidato a la Presidencia, reunión compuesta primariamente de editores y políticos profesionales, y pienso: ¿Qué ha de importar al hombre independiente, inteligente y respetable a qué decisión puedan llegar en cualquier caso? ¿Es que no podremos contar con la sabiduría y honradez de aquel de cualquier modo? ¿Será imposible que sumemos algunos votos independientes? ¿Acaso no son numerosísimos los hombres que en este país no asisten a convenciones? Pero no: encuentro que el hombre respetable, el así llamado, ha abandonado inmediatamente su posición y desespera de su país cuando su país tiene más razón para desesperar de él. En consecuencia, adopta a uno de los candidatos así elegidos como único disponible, demostrando de esa manera que él mismo está disponible a cualquier designio del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de cualquier extranjero sin principios o nativo veleidoso, que bien puede que haya sido comprado. Loor al hombre que es un *hombre* y, como dice mi vecino, ¡posee un hueso en la espalda, imposible de doblegar con la mano! Nuestras estadísticas mienten: la población ha resultado demasiado grande. ¿Cuántos *hombres* hay por mi-

lla cuadrada en este país? ¿Acaso América no ofrece incentivo suficiente para que los hombres vengan a establecerse aquí? El americano se ha reducido a un gregario miembro del club de ayuda mutua; un sujeto que acusa su poquedad intelectual y falta de serena confianza en sí mismo, y cuya preocupación más urgente es la de ver que los asilos estén listos para recibir a sus huéspedes, en alguien, en fin, que se atreve a vivir solamente con ayuda de la compañía de seguros que ha prometido enterrarle decentemente.

No es deber del hombre, después de todo, el dedicarse a la erradicación de mal alguno, ni siquiera del más conspicuo y tremendo; puede, en cambio, atender legítimamente a muchos otros intereses. Pero sí tiene la obligación, por lo menos, de lavarse de él totalmente las manos y, si no le concede ya ulterior atención, de no prestarle prácticamente su apoyo. Si me dedico a otras tareas y contemplaciones debo asegurarme, en primer lugar, de que no lo hago sobre las espaldas de otro hombre; y librarle de mí llegado el caso, para que también pueda atender a sus propios objetivos. ¡Ved cuánta flagrante irregularidad es tolerada! He oído decir a algunos de mis conciudadanos: “me gustaría que me enviaran a sofocar una rebelión de esclavos, o de marchar contra Méjico... ya verían si voy”. Y, sin embargo, esos mismos hombres han proporcionado un sustituto, directamente con su adhesión o indirectamente por medio de su dinero. El soldado que rehúsa intervenir en una guerra injusta es aplaudido por aquellos que no rehúsan sostener al gobierno injusto que le libra; por aquellos cuyos actos y autoridad mismos él desprecia y rasa con lo más vil, como si el Estado fuera penitente hasta el extremo de llegar a al-

quilar a uno para que le flagele mientras peca, pero no lo suficiente como para dejar de pecar un solo instante. Así, bajo el nombre del orden y del gobierno civil, se nos hace rendir homenaje, al fin, a nuestra propia ruindad; y a sostenerla incluso. Tras el primer sofoco del pecar viene la indiferencia; y de inmoral deviene, por así decir, amoral, y no del todo innecesario a esa vida que hemos trajinado.

El error más craso y extendido requiere para su supervivencia de la virtud más desinteresada. Los nobles son los más propensos a incurrir en el leve reproche de que es susceptible comúnmente la virtud del patriotismo. Aquellos que, mientras desapruban el carácter y la necesidad de determinado gobierno, le conceden su adhesión y sostén, son indudablemente sus más concienzudos paladines; y así, a menudo, el obstáculo más difícil para la reforma. Algunos solicitan al Estado que disuelva la Unión, que ignore las demandas del Presidente. ¿Por qué no la disuelven ellos mismos —la unión entre ellos mismos y el Estado— y se niegan a ingresar su cuota en el Tesoro? ¿Acaso no se hallan en igual relación con el Estado que éste con la Unión? ¿Y no han sido las razones que han impedido al Estado el resistirse a la Unión las mismas que les impiden a ellos el resistirse al Estado?

¿Cómo puede sentirse satisfecho un hombre tan sólo por sustentar una opinión, y cómo puede hasta gozar de *ello*? ¿Hay algún disfrute en hacerlo, si en su opinión está siendo vejado? Si tu vecino te estafa un sólo dólar, no te quedas tan ancho con el conocimiento del hecho ni con proclamarlo así; ni siquiera exigiéndole la debida restitución, sino que tomas medidas inmediatas para hacerla efectiva, al tiempo que

dispones las necesarias para que el lance no vuelva a ocurrir. La acción según los principios —la percepción y la práctica de lo que es justo— cambia las cosas y las relaciones; es esencialmente revolucionaria, y no casa plenamente con lo anterior. No sólo divide Estados e Iglesias; divide familias. ¡Sí! Divide al *individuo* separando en él lo diabólico de lo divino.

Hay leyes injustas. ¿Nos contentaremos obediéndolas o trataremos de corregirlas y seguiremos obediendo hasta que lo consigamos o, más bien, las trasgrediremos en seguida? Bajo un gobierno como el presente, los hombres piensan por lo general que es mejor aguardar hasta haber persuadido a la mayoría de la necesidad de alterarlas. Piensan que, de resistirse, el remedio sería peor que la enfermedad. Pero es culpa del gobierno mismo que el remedio *sea* peor que la enfermedad. Aquél la empeora. ¿Por qué no prevé y procura, en cambio, las reformas necesarias? ¿Por qué no atiende a su prudente minoría? ¿Por qué grita y se agita antes de ser herido? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a que se mantengan alerta para que le señalen sus faltas y a *conducirse* mejor de lo que, de otro modo, esperarían de ellos? ¿Por qué crucifica siempre a Cristo y excomulga a Copérnico, y a Lutero, al tiempo que declara rebeldes a Washington y a Franklin?

Uno pensaría que una negación práctica y deliberada de la autoridad de aquél es la única ofensa jamás contemplada como tal por el Gobierno; pues, de no ser así ¿por qué no la ha tipificado como tal? ¿Por qué no le ha asignado una pena definida, adecuada y en proporción? Si un hombre carente de bienes rehúsa tan sólo una vez ganar nueve chelines para el Estado, da en la cárcel por un período de tiempo no limitado

por ninguna de las leyes que conozco y determinado tan sólo por el arbitrio de quienes le metieron allí; pero si robare 90 veces 9 chelines del Estado, pronto se le permite campar nuevamente a su aire.

Si la injusticia forma parte de la necesaria fricción de toda máquina de gobierno, que siga, que siga. Quizá llegue a suavizarse con el desgaste; la máquina, ciertamente, lo hará. Si la injusticia tiene una polea, un muelle o una palanca exclusivos, puede que quizá podáis considerar si el remedio no será peor que la enfermedad; pero si es de naturaleza tal que requiere de vosotros como agentes de injusticia para otros, entonces os digo: Romped la ley. Que vuestra vida sea una contrafricción que detenga la máquina. Lo que hay que hacer, en todo caso, es no prestarse a servir al mismo mal que se condena.

En cuanto a adoptar los modos aportados por el Estado para remedio del mal, no los reconozco como tales. Requieren demasiado tiempo y la vida del hombre es breve. Tengo otros asuntos que atender. Vine a este mundo no para hacer de él principalmente un buen lugar dónde vivir, sino para vivir en él fuera bueno o malo. Al hombre no le cabe el hacerlo todo, sino algo; y porque no puede *hacer todas las cosas*, no es necesario que *haga algo mal*. No es asunto mío el andar con peticiones al Gobernador o a la legislatura, como tampoco de ellos el de mandarme a mí; y si prestaren oídos sordos a mis reclamaciones ¿qué debería hacer yo entonces? Pero ante tal contingencia, el Estado no ha proporcionado consecuencia; es su propia Constitución la que está en falta. Puede que lo que diga parezca duro, intransigente y poco conciliador, pero el espíritu que pueda apreciarlo o merecerlo debe

ser tratado con el máximo de amabilidad y consideración. Así, todo cambio es para mejorar, como que el nacimiento y la muerte convulsionan el cuerpo.

No vacilo en decir que quienes se proclaman abolicionistas debieran retirar inmediata y efectivamente todo su apoyo, tanto personal como material, al gobierno de Massachusetts sin esperar a constituir una mayoría de uno antes de que les afecte el derecho de prevalecer por vía de colectivo. Estimo que es suficiente si tienen a Dios de su parte, y que no hace falta aguardar a sumar ese uno adicional. Además, cualquier hombre que sea más justo que sus vecinos, constituye ya una mayoría de uno.

Y yo confronto a este gobierno americano o a su representante, el gobierno del Estado, directamente, cara a cara, una vez al año nada más, en la persona de su recaudador de impuestos; del único modo que le cabe hacerlo a un hombre de mi situación; entonces, me dice taxativamente: Reconóceme; y la manera más sencilla y efectiva —y en el estado actual de las cosas, indispensable— de tratarlo con base en esta presentación, expresando tu poca satisfacción y amor para con él es negándolo. Mi convecino civil, el recaudador de impuestos, es la persona con que he de vérmelas —pues es con hombres, al fin y al cabo, y no con papeles, con lo que yo peleo—, persona que libremente ha elegido ser un agente del Gobierno ¿Cómo podrá nunca saber bien qué es y hace como funcionario de la Administración, o como simple hombre, mientras no se vea obligado a considerar si debe tratarme, a su vecino, por el que siente respeto, como tal y como persona de buena disposición, o como a un maníaco alterador de la paz y el orden, y a ver si puede superar

este obstáculo a su convecindad sin necesidad de tener que recurrir a un procedimiento más rudo y más impetuoso en correspondencia con su acción? Sé bien que si un millar, un centenar, una docena tan sólo de hombres que podría nombrar —si sólo diez hombres *honestos*...— ¡Ay si un hombre honesto en este Estado, en Massachusetts, *dejando de guardar esclavos* se retirare efectivamente de esta sociedad nacional de la que es consocio, y fuera por ello encerrado en la cárcel del condado, la esclavitud daría fin en América. Pues no importa cuán pequeño pueda parecer el comienzo: lo que se hace bien, bien hecho queda para siempre. Pero nos gusta más hablar de ello: esa, decimos, es nuestra misión. La Reforma cuenta con innumerables periódicos a su favor, pero no tiene un solo hombre. Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que dedicará sus días a solucionar la cuestión de los Derechos Humanos en la Cámara del Consejo, en lugar de ser amenazado con las prisiones de Carolina fuera a convertirse en preso de Massachusetts —este Estado que se revela tan ansioso por infligirle con engaños el pecado de la esclavitud humana al otro, aunque por el momento sólo pueda descubrir un acto de inhospitalidad como razón de su querrela con él— la Legislatura no desestimaría el asunto de manera tan olímpica el invierno que viene.

Bajo un gobierno que encarcela a cualquiera injustamente, el lugar apropiado para el justo es también la prisión. Y hoy, el sitio adecuado, el único que Massachusetts ha proporcionado para sus espíritus más libres y menos desalentables está en sus prisiones, donde han de ser separados y enajenados del Estado, por acción de este, dado que ellos ya lo han hecho por

sus principios. Allí es donde debieran dar con ellos el esclavo fugitivo y el prisionero mejicano en libertad condicional, y el indio venido a denunciar las injusticias hechas a su raza; en este terreno de exclusión, pero más libre y honorable, donde el Estado pone a aquellos que no están *con* él sino *contra* él, único hábitat donde, en un Estado esclavizador, el hombre puede vivir con honor. Si alguien cree que su influencia se perdería en ese lugar, que sus voces, pues, han dejado de infligirse a los oídos del Estado, y que ya no es enemigo de cuenta tras de los muros, si alguien piensa así, digo, es que no sabe que la verdad es mucho más fuerte que el error, ni con cuánta mayor eficacia y elocuencia puede combatir la injusticia aquél que la ha experimentado, aunque sólo sea en medida escasa, en su propia persona. Dad vuestro voto completo, no una simple tira de papel; comprometed toda vuestra influencia. Una minoría es impotente sólo cuando se aviene a los dictados de la mayoría; no es, entonces, siquiera minoría. Pero es irresistible cuando detiene el curso de los eventos oponiéndoles su peso. Si la alternativa es: mantener a los justos en prisión o renunciar a la guerra y a la esclavitud, el Estado no dudará al elegir. Si un millar de personas rehusaran satisfacer sus impuestos este año, la medida no sería ni sangrienta ni violenta, como sí, en cambio, el proceder contrario, que le permitiría al Estado el continuar perpetrando acciones violentas con derramamiento de sangre inocente. Y esa es, de hecho, la definición de la revolución pacífica, si tal es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario me pregunta, como así ha ocurrido ya, “pero ¿qué he de hacer yo?”, mi respuesta es: “Si en verdad deseas colaborar, renuncia

al cargo”. Cuando el súbdito niegue su lealtad y el funcionario sus oficios, la revolución se habrá conseguido. Suponed, no obstante, que corra la sangre. ¿Acaso no se vierte ésta cuando es herida la conciencia? La auténtica virilidad e inmortalidad del hombre se pierden por esa herida, y aquél se desangra hasta la muerte eterna. Y yo veo correr ahora esos ríos de sangre.

He considerado el encarcelamiento del transgresor más que la requisa de sus bienes —aunque ambos procedimientos satisfacían igual propósito— porque quienes afirman el derecho más puro y son, por consiguiente, los más peligrosos para un Estado corrompido, no han tenido por lo común mucho tiempo para acumular riquezas. El Estado rinde a tales un servicio comparativamente escaso, y las tasas más leves suelen parecer exorbitantes, en particular si se ven obligados a ganarlas mediante labor especial de las manos. Si hubiere alguien que viviere totalmente ajeno al uso del dinero, el propio Estado dudaría en reclamárselo. Pero el rico —para no llegar a ninguna comparación envidiosa— se vende siempre a la institución que lo enriquece. En términos absolutos: cuanto más dinero menos virtud; pues aquél se interpone entre el hombre y sus objetivos, que alcanza por él, de modo que no hubo mucho de virtud en su logro. Allana muchos interrogantes que de otro modo se vería obligado a resolver, mientras que la única cuestión nueva que presenta es la de cómo gastarlo, la cual es tan difícil como superflua. El soporte moral desaparece debajo de sus pies. Las oportunidades de vivir disminuyen en proporción directa al aumento de los llamados “medios”. Lo mejor que un hombre puede hacer por su cultura cuando es rico consiste en tratar de desarrollar y sa-

car adelante los planes que abrigara de pobre. Cristo respondió a los herodianos conforme a su condición: “Traedme la moneda del tributo para que la vea” y así lo hizo uno, extrayéndola de su bolsillo. Si usáis monedas que llevan la imagen del César y que él ha hecho circular y da valor, es decir, *si sois hombres del Estado* y gozosamente os aprovecháis de las ventajas del gobierno del César, devolvedle algo de lo que es suyo cuando os lo demande; es decir: “Dad lo que es de César a César; y lo que es de Dios, a Dios”.⁶ y les dejó, así, maravillados, sin saber más que antes, pues que no sabían qué era de quién porque no deseaban saberlo. Cuando converso con el más libre de mis vecinos me doy cuenta de que, diga lo que diga acerca de la magnitud y la seriedad de la cuestión y sobre la consideración que le merece la tranquilidad pública, el problema se reduce en última instancia a que no puede pasarse sin la protección del gobierno existente, y a que teme las consecuencias que el desobedecerle pudiese acarrear a sus propiedades o a su familia. Por mi parte, no me gustaría pensar que jamás haya de confiar en la protección del Estado, pero si niego su autoridad cuando me presenta su impuesto, pronto tomará y se apropiará de lo que me pertenece, perjudicándome así sin cuento en mi persona y en la de los míos. Y eso es duro. Hace que al hombre le sea imposible el vivir honesta y al mismo tiempo cómodamente en cuanto a lo externo se refiere. Dejará de valer la pena el acumular propiedades que, a la postre, desaparecerían también. Hay que emplearse o sentar plaza en algún sitio, y cultivar una pequeña cosecha, qué comerse cuanto antes.

⁶ Lucas 20:25.

Uno habrá de encerrarse en sí mismo y no depender de nadie, presto siempre, dispuesto a recomenzar en cualquier momento y averso a entretener demasiados negocios. Es posible enriquecerse incluso en Turquía, siempre que se sea un buen súbdito del gobierno turco en todos los aspectos. Confucio dijo: “Si un Estado se gobierna por los principios de la razón, la pobreza y la miseria son sujetas a la vergüenza; pero si no se gobierna por aquellos, son la riqueza y los honores los sujetos a la vergüenza”. No; mientras no necesite que la protección de Massachusetts me sea otorgada en algún distante puerto meridional, donde mi libertad fuere puesta en peligro, o mientras no tenga más ocupación que la de crear una propiedad aquí mediante empresa pacífica, puedo permitirme el negar mi sometimiento leal a Massachusetts y su derecho a mi propiedad y mi vida. Me cuesta menos, en todos los sentidos, el incurrir en pena de desobediencia al Estado que el obedecer, en cuyo caso me sentiría mercedado en mi propia estimación.

Hace algunos años, el Estado me emplazó en nombre de la Iglesia a que pagara cierta cantidad para el sostenimiento de un clérigo a cuyos sermones solía acudir mi padre, aunque yo no. “Paga”, dijo, “o serás encerrado”. Rehusé pagar. Pero, lamentablemente, otros juzgaron oportuno el transigir. No veo por qué el director de la escuela ha de verse forzado a contribuir al sostenimiento del clérigo, y no al revés, pues yo no era el maestro estatal, pero subvenía a sus necesidades mediante subscripción voluntaria. No comprendía por qué el Liceo no había de presentar su propio impuesto, y hacer que el Estado apoyara su demanda al igual que lo hacía la Iglesia. Sin embargo, a instan-

cias de los alcaldes, condescendí a deponer por escrito una declaración como la siguiente: “Sabed todos por la presente que yo, Henry David Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad establecida a la que no me haya expresamente unido”, documento que entregué al secretario municipal, quien aún lo posee. El Estado, sabedor entonces de que yo no deseaba ser considerado miembro de aquella Iglesia, jamás ha vuelto a hacerme semejante demanda, aunque determinó que en aquella ocasión debía respetar su presunción original. Si hubiera sabido cómo nombrarlas, me habría excluido entonces de todas las sociedades en las que nunca me habría incluido, pero no supe cómo hacerme con la lista completa.

No he pagado impuesto de capitación durante seis años, hecho que en una ocasión me llevó a la celda por una noche; y mientras contemplaba los muros de sólida roca y unos cuatro o cinco palmos de grosor, la puerta de madera y hierro de un palmo y medio de grueso y la reja que tamizaba la luz, no pude menos que asombrarme de la estupidez de aquella institución que me trataba como si yo no fuera sino mera carne, sangre y huesos que encerrar. Me hice cruces de que a la postre hubiera concluido que era ese, precisamente, el mejor empleo que podía darme y de que no hubiera pensado en hacer uso de mis servicios de alguna otra forma. Vi que si había una pared de piedra entre mis conciudadanos y yo, se anteponía otra, más difícil de romper o salvar, antes de que pudieran llegar a ser tan libres como yo. En momento alguno me sentí confinado, y aquellos muros me parecieron un gran mal gasto de piedras y mortero. Me sentí como si hubiera sido el único entre mis conciudadanos que hubiera pagado

su tributo. Llanamente, no sabían cómo tratarme, sino que se comportaban como personas mal educadas. En cada amenaza y en cada cumplido saltaba el desatino; pues creían que mi mayor deseo era el hallarme del otro lado del muro. Y no podía dejar de sonreírme al ver con qué diligencia y cuidado me cerraban la puerta cuando me enfrascaba en mis meditaciones, que los seguían afuera sin problema ni dificultad, no siendo sino ellos todo lo que allí era peligroso. Como no podían llegar a mí, habían resuelto castigar mi cuerpo; igual que los muchachos que, si no pueden vérselas con una persona contra la que guardan algún agravio, atacan a su perro. Vi que el Estado era de pocas luces, temeroso como mujer aislada con su cubertería de plata, y que no era capaz de distinguir amigo de enemigo, de manera que le perdí el resto del respeto que aún me quedaba y le compadecí.

Así, pues, el Estado no se enfrenta nunca intencionalmente contra el sentido del hombre, intelectual y moral, sino contra su cuerpo, sus sentidos. No se arma de honestidad o de ingenio superior sino de mayor fuerza física. Pero yo no he nacido para ser violentado. Y respiraré mi aire; veremos quién es el más fuerte. ¿Qué fuerza tiene la multitud? Sólo pueden forzarme a algo aquellos que obedecen a una ley superior a la mía. Me obligan a ser como ellos. Pero no he oído decir que los hombres sean forzados a vivir de ese u otro modo. ¿Qué vida sería ésta? Cuando doy con un gobierno que me dice: “Tu dinero o tu vida”, ¿por qué he de apresurarme a darle mi dinero? Puede que se halle en gran estrechez y que no sepa qué hacer: no puedo evitarlo. Debe ayudarse a sí mismo; hacer como hago yo. No vale la pena lloriquear por ello. Yo no soy responsa-

ble del buen funcionamiento de la sociedad. No soy el hijo del ingeniero. Observo que cuando una bellota y una castaña caen juntas, una no permanece inerte para dejar paso a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes y rebrotan, crecen tan bien como les es posible, hasta que una acaso supere y destruya a la otra. Si una planta no puede vivir de acuerdo con su naturaleza, muere; igual ocurre con el hombre.

La noche en prisión fue harto interesante y novedosa. A mi llegada, los presos, en mangas de camisa, estaban reunidos frente a la puerta charlando y disfrutando de la brisa vespertina. Entonces, dijo el carcelero: “¡Hala, chicos, es hora de cerrar!”. Y, así, se dispersaron; y fui oyendo sus pasos de retorno a los desiertos apartamentos. El que hablara me presentó asimismo a mi compañero de celda, a quien calificó de “sujeto de primera clase e inteligente”. Una vez cerrada nuestra puerta, el dicho me indicó dónde colgar el sombrero y cómo se manejaba uno en aquellas circunstancias. Las celdas eran encaladas una vez al mes; y aquella era por lo menos la más blanca, de mobiliario más sencillo y la más limpia entre todas las habitaciones de la villa. Naturalmente, quería saber de dónde procedía y qué me había llevado allá. Una vez se lo hube dicho, le pregunté a mi vez otro tanto presumiéndolo, claro está, hombre honesto, cual —tal como va el mundo— creo que en efecto era. “Vaya”, respondió, “me acusan de haber incendiado un granero, lo cual no hice”. Según pude más o menos averiguar, probablemente había ido a dormir la mona a un granero con la pipa encendida, y así fue como ocurrió lo demás. Tenía fama de hombre listo; había pasado unos tres meses allí en espera de ser juzgado y habría de esperar otros tantos hasta serlo.

Pero se había hecho perfectamente a la situación y se contentaba con ella puesto que le salía la manutención gratis y además, opinaba, se le trataba bien.

Él ocupaba una ventana; yo, la otra, y llegué a la conclusión de que si uno permanecía allá suficiente tiempo, a la postre su ocupación principal habría de ser, precisamente, la de mirar a través de aquellas. Pronto me hube al corriente de los prospectos restantes de ocupantes anteriores, y examinado las vías de huida de cautivos de otrora —donde una reja había sido aserrada— quedando también enterado de la historia de los diferentes ocupantes de aquella habitación, pues descubrí que incluso allá discurrían una historia y unas confidencias que jamás circulaban fuera de las paredes carcelarias. Probablemente se trata de la única casa de la villa donde se componen versos que se imprimen luego con carácter circular, que no se publican. Me fue mostrada de ellos una lista nada menguada, compuesta y cantada vindicativamente por un grupo de jóvenes frustrados en su intento de evasión.

Le saqué a mi compañero de celda tanta información como me fue posible por miedo a no tropezarme nuevamente con él; en última instancia, me indicó cuál era mi catre y hasta me dejó soplar la lámpara.

Fue como un viaje a un país exótico, tal como jamás hubiera podido esperar conocer, el pernoctar allá una noche. Me pareció que nunca había oído sonar el reloj del Ayuntamiento y que eran absolutamente nuevos para mí los rumores vespertinos de la villa; y es que dormíamos con las ventanas abiertas, que quedaban por dentro de la reja. Era como si contemplara de pronto mi villa natal a la luz de la Edad Media, y

a nuestro Concord convertido en uno de los brazos del Rin, mientras se sucedían ante mi atónita mirada visiones de caballeros y castillos, y no eran sino los roces de mis convecinos desfilando ante mí. Vime transformado en espectador y oyente involuntario de todo cuanto era dicho y hecho en la cocina de la adyacente posada del pueblo, experiencia que, confieso, me era totalmente nueva y extraña. Fue una panorámica próxima, un primer plano de mi villa natal, que hizo que me sintiera más adentro en ella. Jamás había conocido sus instituciones, y ésta es una de las más peculiares, pues que se trata de una cabeza de condado. En suma, empecé a comprender el hacer de sus habitantes.

Por la mañana nuestro desayuno era introducido por un ventanuco practicado al efecto en la puerta, y en pequeñas latas oblongas de capacidad tal que contuvieran exactamente medio litro de chocolate, un pedazo de pan y una cuchara de hierro. Cuando vinieron de nuevo en busca de los cacharros fui lo suficientemente novato como para devolver el pan que me había sobrado; mi compañero, no obstante, lo evitó diciéndome que lo reservara para la comida o la cena. Al poco fue exclaustrado para acudir a las faenas de recogida del heno en un campo próximo, al que iba a diario y del que no regresaría hasta el mediodía; se despidió, pues, diciendo que dudaba de verme otra vez.

Cuando salí de prisión —pues alguien interfirió y pagó el impuesto— no observé que se hubieran producido grandes cambios en el colectivo, en lo comunitario, como fue el caso de quien, entrado de joven, salió hecho un viejo chocho de pelos grises; sin embargo, a mi modo de ver, una modificación sí había tenido lugar en la escena —la villa, el estado y el país— y ma-

yor aun que cualquiera que pudiera deberse al mero paso del tiempo. El Estado en que vivía se me ofreció con perfiles más definidos. Vi hasta qué punto podían ser tenidos como buenos los vecinos y amigos que me rodeaban; reparé en que su amistad era apta sólo para climas estivales; que no abrigaban deseos de llevar a término ninguno especialmente justo; que por sus prejuicios y supersticiones constituían una raza tan distinta de mí como lo serían un chino o un malayo; que con sus sacrificios en aras de la humanidad no incurrían en riesgos, ni siquiera en aquél que pudiese afectar tan sólo a sus bienes; que, después de todo, no eran tan nobles, sino que trataban al ladrón como les había tratado a ellos; y que, mediante cierta apariencia externa y unas cuantas plegarias, así como discurrendo de vez en cuando por una vía recta, pero inútil, esperaban salvar sus almas. Puede que esto parezca un juicio severo sobre mis conciudadanos, pues, según creo, muchos de ellos no saben siquiera que poseen una institución tal como la de la cárcel de su comunidad.

Antiguamente era costumbre en nuestro pueblo que cuando un infeliz deudor salía de prisión, sus conocidos le saludaban mirando a través de los dedos, cruzados como representación de las rejas carcelarias. “¿Qué tal?”. Pero mis vecinos no me saludaron de esta manera sino que, primero, miraron inquisitivamente, y luego entre sí, como si yo estuviera de vuelta de un largo viaje. Fui encarcelado cuando me dirigía al zapatero en busca de un remiendo. Al ser puesto en libertad, a la mañana siguiente, procedí a dar fin a lo que me había llevado allá, y de nuevo sobre mi calzado rejuvenecido, me uní a un grupo de gayuberos impacientes por contar con mi guía; y en media hora tan sólo —pues

el caballo fue pronto aparejado— vime en medio del campo de gayubas, en uno de nuestros cerros más altos y a eso de unas dos millas del pueblo, y constaté que no veía al Estado por parte alguna.

Y esta es la historia de “Mis Prisiones”.⁷

Nunca me he negado a pagar la contribución de caminos, pues tan deseoso estoy de ser un buen vecino como un mal súbdito; y en lo que al sostenimiento de las escuelas se refiere, ahora mismo estoy aportando mi parte a la educación de mis conciudadanos. No es por nada en particular que me niego a someterme a la ley fiscal. Simplemente, deseo rehusar mi adhesión al Estado, retirarme y mantenerme efectivamente al margen de él. No trato de averiguar el fin de mi dólar, de poder hacerlo, hasta que pueda aplicarse a la compra de un hombre o de un mosquete con qué darle muerte. El dólar es inocente, pero me preocupa el conocer los efectos de mi contribución al erario. De hecho, declaro llanamente mi guerra al Estado, a mi modo, aunque seguiré haciendo uso y obteniendo cuantas ventajas pueda de él, como es habitual en estos casos.

Si otros, por simpatía para con el Estado, pagan el impuesto que se me reclama, no hacen sino lo que han hecho en el caso propio o, más bien, fomentan la injusticia en mayor grado aun de lo que el Estado requiere. Si satisfacen la tasa por razón de un equivocado interés por el individuo gravado, para preservar

7 Silvio Pellico (1789-1854), arrestado bajo sospecha de pertenecer a los *carbonari* (sociedad secreta nacionalista) pasó nueve años en prisión, de los que dejó constancia en *Le mie prigioni*, canto a la libertad cuya popularidad, se dice, dañó a Austria, a la sazón dominadora del noreste de Italia, más que cualquier batalla adversa.

sus propiedades o evitar su reclusión en la cárcel, es porque no han considerado sensatamente hasta qué extremo dejan que sus sentimientos interfieran con el bien público.

Esta es, pues, mi situación presente. Pero toda guardia es poca en tal caso, si las acciones son mediatizadas por pura obstinación o por un indebido respeto a la opinión del prójimo. Que el individuo proceda solamente como corresponde a su personalidad y al momento.

En ocasiones, pienso: Pero, estas gentes abrigan buenas intenciones; sólo que son ignorantes; lo harían mejor si supieran cómo. ¿Por qué obligar a tu vecino al esfuerzo de tratarte de manera a la que no se siente inclinado? Sin embargo, recapacito: No hay razón para que yo haga como ellos ni para permitir que otros sufran más por ello en otro sentido. E insisto, ahora para mí mismo: Cuando tantos millones de personas, sin mala voluntad, sin motivación personal de clase alguna os piden unos cuantos chelines tan sólo y sin la posibilidad, tal es su constitución, de retraer o alterar su demanda, y por lo que a vosotros respecta, sin posibilidad, a vuestra vez, de recurrir a otros millones, ¿por qué exponeros a esta imponente fuerza bruta? No os resistís al frío ni a la lluvia, a los vientos y a las olas con igual obstinación, y quietamente os sometéis a un millar de necesidades. No ponéis vuestra cabeza en el fuego. Pero en la misma manera que yo no considero eso plenamente como fuerza bruta, sino en parte humana, y en que estimo que tengo relaciones con esos millones de personas, como con tantas otras, y no sólo basada en la fuerza bruta o a objetos inanimados comunes, me doy cuenta de que

una apelación es siempre posible, en primer lugar e instantáneamente de ellos a su Hacedor, y en segundo lugar, de ellos entre sí y a su propia persona. Con todo, si deliberadamente pongo mi cabeza en el fuego, no cabe recurso alguno a éste ni al Hacedor de éste, y sólo a mí cabe la culpa de haberlo hecho. Si pudiera convencerme de que me asiste el derecho, cualquiera que sea, de sentirme satisfecho con los hombres tal como son, y tratarlos, pues, en justa correspondencia y no en consonancia, en lo que algunos aspectos se refiere, con mis deseos y esperanzas de cómo han de ser, como buen musulmán y fatalista me empeñaría en hallar satisfacción en las cosas tal como se presentan, entendiendo que es así por voluntad de Dios. Y, sobre todo, una es la diferencia entre resistirme como yo lo hago y la oposición a una fuerza bruta o natural; esa es, que puedo hacerlo con cierto efecto; pero no puedo esperar, como Orfeo,⁸ cambiar la naturaleza de las rocas, de los árboles y de las bestias.

No deseo querella con hombre o nación alguna. No busco tampoco purismos ni sutilísimas distinciones, como tampoco el situarme en un plano mejor que el de mis convecinos. Trato más bien, si puedo decirlo, de dar incluso con una excusa para atenerme a las leyes del país. Estoy más que presto a convenir con aquellos. Y ciertamente, tengo razones para pensar que me hallo ya en esta vía; y cada año, cuando aparece el recaudador de impuestos, está en mi ánimo el revisar los actos y postura de los gobiernos general y del Estado, así

8 Quien en su cítara creaba armonías tan hermosas que los ríos suspendían su curso, los animales se congregaban para escucharle y las rocas y los árboles formaban coros de danza.

como el espíritu de las gentes, para descubrir un pretexto que me permita dar mi conformidad.

Creo que pronto el Estado podrá quitarme todo ese trabajo de las manos, y entonces no seré mejor patriota que mi prójimo. Desde un punto de vista más llano, la Constitución es muy buena, aun con todas sus faltas; las leyes y los tribunales son muy respetables; hasta el Gobierno de este Estado y aun el americano son muy admirables y raros en numerosos sentidos y acreedores de nuestro agradecimiento, tal como han sido descritos por muchos. Sin embargo, desde un punto de vista algo más elevado, no son más de lo que revela mi retrato de ellos; y contemplados desde otero aun más alto, o el que más ¿quién dirá qué son o qué merecen siquiera nuestras miradas e interés?

Con todo, el Gobierno no es algo que me preocupe en demasía, y pocos serán los pensamientos que gaste en él. No son muchos los momentos de mi vida que vivo bajo una regla, ni siquiera en este mundo. Si un hombre es libre de pensar, de soñar, de desear, lo que *no* es nunca por mucho tiempo lo que le *parece ser*, no hay reformadores ni gobiernos insensatos que puedan interrumpirle fatalmente.

Sé que la mayoría de los hombres piensan de un modo diferente a mí; y aquellos cuyas vidas están por profesión dedicadas al estudio de estos temas o similares me satisfacen tan poco como los demás. Los estadistas y los legisladores, que de forma tan plena se hallan integrados en la institución, jamás la contemplan crítica y crudamente. Hablan de separarse de la sociedad, pero carecen de lugar de reposo fuera de ella. Puede que se trate de hombres de experiencia y criterio, y no cabe duda alguna de que han inventado

sistemas ingeniosos y hasta útiles, por lo que sinceramente les damos las gracias; pero toda su inventiva y utilidad quedan encerradas en límites ciertamente no muy amplios. Propenden a olvidarse de que el mundo no es gobernado mediante un programa político y la conveniencia. Webster jamás se sale de lo que sea materia de gobierno y, por consiguiente, no puede hablar sobre él con autoridad. Sus palabras son sabiduría para aquellos legisladores que no contemplan reforma alguna esencial en el régimen existente; pero para los pensadores y para quienes legislan para siempre, jamás toca el tema siquiera de pasada. Sé de quienes con sus serenas y prudentes especulaciones pronto revelarían cuán limitados son el alcance y la hospitalidad de la mente de aquél. Y, sin embargo, comparado con el pobre hacer de la mayoría de reformistas y con la sabiduría y elocuencia, más miserables aún, de los políticos en general, son las suyas las únicas palabras sensatas y de valor, y damos gracias al cielo por ello. Comparativamente, pues, él siempre se nos antoja fuerte, original, y sobre todo, práctico. Con todo, su cualidad no es la sabiduría sino la prudencia. La verdad del jurista no es tal, sino consistencia, coherencia, utilidad, conveniencia. La verdad armoniza siempre consigo misma y no es movida primariamente por el fin de revelar la justicia, que puede equivaler a un hacer mal. Bien merece ser llamado, como así ha sido, Defensor de la Constitución. No cabe esperar de él más golpes que los defensivos. No es conductor sino seguidor. Sus líderes son los hombres del ochentaisiete. Jamás he hecho esfuerzo alguno —dice— —y me propongo continuar siempre así; jamás he apoyado ninguna moción, ni pienso apoyarla si surgiere, para alterar la disposi-

ción o convenio originales, en correspondencia con los cuales los diferentes Estados se constituyeron en la Unión—. Sin embargo, reparando en el beneplácito que la Constitución acuerda a la esclavitud, añade: Dado que forma parte del *corpus original*, dejad que se mantenga. Pese a su especial agudeza y habilidad es incapaz de separar un hecho de sus meras relaciones políticas, y de contemplarlo tal como se presenta en términos absolutos a la consideración del intelecto. ¿Qué cabe al hombre, por ejemplo, aquí en América con respecto a la esclavitud sino riesgos o el verse llevado a dar una respuesta tan desesperada como la siguiente —en tanto que profesa hablar en términos absolutos y como mero particular— de donde puede inferirse un código nuevo y singular de deberes sociales? —La manera— dice él, con que los gobiernos de esos Estados en los que existe la esclavitud hayan de regularla queda a su respectiva consideración bajo su responsabilidad ante los constituyentes, ante las leyes generales de lo que es propio, humano y justo, y ante Dios. Las asociaciones que puedan formarse en otros lugares nacidas de un sentimiento humanitario o de razones otras cualesquiera, no tienen nada que ver con la cuestión. Jamás han recibido mi apoyo, ni lo recibirán.

Quienes no conocen fuentes de verdad más puras, que no han seguido el curso de ésta hasta cotas más elevadas, se atienen prudentemente a la Biblia y a la Constitución y beben de ellas con reverencia y humildad; pero quienes reparan por dónde brotan aquellas gota a gota para alimentar ese lago o aquella laguna, se fajan fuertemente la cintura y siguen su peregrinación en busca del manantial primero.

No ha habido hombre alguno de genio legislador en América. Son raros en la historia del mundo. Abundan los oradores, los políticos, los hombres especialmente elocuentes; se cuentan por miles; pero no ha abierto aún la boca aquel orador capaz de resolver los numerosos y muy vilipendiados problemas que nos acucian hoy. Nos gusta la elocuencia por sí misma y no por la verdad de que pueda ser portadora o por el heroísmo que pueda inspirar. Nuestros legisladores no han aprendido aún el valor relativo que encierra para una nación el libre comercio y la libertad, la unión y la rectitud. Carecen de genio o de talento para cuestiones comparativamente modestas de imposición fiscal y finanzas, de comercio, de producción y de agricultura. Si quedáramos al albedrío del ingenio verbal de los legisladores del Congreso a modo de guía, no contrapesada por la razonada experiencia y quejas efectivas del pueblo, América pronto dejaría de conservar su rango en el concierto de las naciones. El Nuevo Testamento ha sido escrito hace ya mil ochocientos años —aunque acaso no tenga derecho a referirme a ello— y sin embargo ¿dónde está el legislador con sabiduría y talento práctico suficiente para hacer uso de la luz que aquél imparte sobre la ciencia de la legislación?

La autoridad del gobierno, aun aquella a la que estoy dispuesto a someterme —pues obedeceré prestamente a aquellos que saben y pueden hacer las cosas mejor que yo, y en muchos casos, hasta a quienes ni saben ni puedan tanto— es, con todo, todavía impura: para que aquél pueda ser estrictamente justo habrá de contar con la aprobación y consenso de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi perso-

na y propiedad que el que yo le conceda. El progreso desde una monarquía absoluta a otra de carácter limitado es un avance hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficiente sabio como para considerar al individuo base del Imperio. ¿Es la democracia, tal como la conocemos, el último logro posible en materia de gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y organización de los derechos del hombre? Nunca podrá haber un Estado realmente libre e iluminado mientras no reconozca al individuo como poder superior independiente del que derivan el que a él le cabe y su autoridad, y, en consecuencia, le dé el tratamiento correspondiente. Me complace el ser justo con todos los hombres y acordar a cada individuo el respeto debido a un vecino; que incluso no consideraría impropio a su propio reposo el que unos cuantos decidieran vivir marginados, sin interferir con él ni acogerse a él, pero cumpliendo sus deberes de vecino y prójimo. Un Estado que produjere esta clase de fruto y acertare a desprenderse de él tan pronto como hubiere madurado, prepararía el camino hacia otro más perfecto y glorioso, que también he soñado, pero del que no se ha visto aún traza alguna.

Concord, Massachusetts, 1848.

HENRY DAVID THOREAU

Escritor, filósofo y naturalista estadounidense. Nació el 12 de julio de 1817, en Concord (Massachusetts), en el seno de una familia de comerciantes, y estudió en la Universidad de Harvard. Durante algunos años trabajó como profesor y tutor, tanto en Concord como en Staten Island (Nueva York). Entre 1841 y 1843 vivió en la casa del ensayista y filósofo, también estadounidense, Ralph Waldo Emerson.

Dos años más tarde se trasladó a una cabaña a orillas del Walden Pond, un pequeño lago situado en las afueras de su ciudad natal. Su estancia en la cabaña se prolongó hasta 1847. Regresó de nuevo a la casa de Emerson, en la que vivió entre 1847 y 1848, y, finalmente, en 1849 se mudó a Concord, con sus padres y su hermana. Durante su permanencia en *Walden Pond* y, más tarde, en su ciudad natal, Thoreau sobrevivió llevando a cabo variados trabajos, como jardinero, carpintero y guardabosques. La mayor parte de su tiempo la dedicó al estudio de la naturaleza, a meditar acerca de problemas filosóficos, a leer a los clásicos de las literaturas griega, latina e inglesa, y a mantener largas conversaciones con sus vecinos.

Sólo dos de los numerosos volúmenes que ocupan sus obras completas fueron publicados en vida del autor: *Una semana en los ríos Concord y Merrimack* (1849) y *Walden, o la vida en los bosques* (1854). Los materiales que componen el resto de los volúmenes fueron publicados póstumamente por los amigos del escritor, basándose en sus diarios, manuscritos y cartas. *Walden*, quizá su obra más conocida, expresa de un modo más concluyente las buenas razones que existen para adoptar una vida contemplativa, y contiene una nítida descripción de los principales detalles de su experiencia. Sus diarios y ensayos, de un gran valor literario, reflejan un talento especial a la hora de conseguir un estilo fresco y cuidado. Thoreau eligió ir a la cárcel, aun-

que sólo por una noche, en lugar de pagar los impuestos a un gobierno que admitía la esclavitud y estaba envuelto en una guerra con México. Su postura en este aspecto quedó mucho más clara en su ensayo más célebre, *Del deber de la desobediencia civil* (1849). En él, sentó las bases teóricas de la resistencia pasiva, un método de protesta que, más adelante, adoptaría el político indio Mahatma Gandhi como táctica contra los británicos. Thoreau murió el 6 de mayo de 1862 en la misma ciudad en que había nacido.

Las versiones del ensayo de Thoreau, así como el prólogo de Henry Miller, fueron publicadas originalmente en español por Editorial Cábala, de Argentina, en 1980.